

Tales son, amigos míos, los frutos deletéreos del liberalismo católico. Juzgad del árbol por sus frutos.

## XX.

«¿Qué hay pues que hacer en práctica?»

Una cosa muy sencilla; ser siempre católicos de piés á cabeza, católicos en nuestras ideas y en nuestros juicios, católicos en nuestras simpatías, católicos en nuestras palabras, católicos en todo y por todo, en nuestros actos públicos como en los privados.

Y como la primera condicion que se exige al católico es la de someterse completa y sinceramente al Vicario de Dios, jefe supremo de la Iglesia y regla viviente de la verdadera fé, por eso deberémos poner especial cuidado en alejarnos de cuanto debilite en nosotros en lo mas mínimo el religioso respeto y absoluta obediencia que debemos á la Santa Sede. Esta cuestion tiene una importancia capital. Solemos tener poco cuidado en nuestros estudios, en las discusiones, en las lecturas, en las lecciones y hasta en las relaciones que estrechamos, y de ahí proviene que con frecuencia nos contagiemos.

«En cuanto á vosotros, queridos hijos, nos dice el Santo Padre, acordaos que cumple al Soberano Pontífice, que es el vicario de Dios sobre la tierra, decidir cuanto se relaciona con la fé, con las costumbres y con el gobierno de la Iglesia, á tenor de lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo: *El que no recoge conmigo, desparrama.*

«Haced pues consistir toda vuestra sabiduría en una obediencia absoluta y en una espontánea y firme adhesion á la cátedra de Pedro (1).»

Con el auxilio de esta infalible piedra de toque, reconocerémos siempre el oro puro y le distinguiremos del cobre dorado. Toda doctrina que, *sea en lo que fuere*, se separa de la enseñanza de la Iglesia, por eso mismo ya debe ser sospechosa, y no solo debe ser sospechosa, sino rechazada y no solo rechazada sino combatida.

Ese es el *combate de la fé*, de que nos habla el apóstol san Pablo, y al cual todos somos llamados, los unos en calidad de jefes, como los sacerdotes; y los otros, que son los seglares, como simples soldados de Jesucristo.

(1) Breve á los Milanese.

XXI.

«Y para preservarnos de lo que el Santo Padre llama *virus* de las opiniones católico-liberales, ¿debemos hacer algo especial y particular?»

Ciertamente: ante todo no leais ó cuando menos leed con grandes precauciones los diarios, revistas y folletos del partido. El diario, principalmente, es la gota de agua cotidiana que poco á poco taladra y descompone la piedra del espíritu. La esperiencia nos lo enseña todos los dias: si no quereis ser presa del liberalismo católico, huid de los diarios liberales-católicos.

En cambio, puesto que en los tristes tiempos que alcanzamos es ya una necesidad la lectura de un periódico, leed alguno de esos papeles públicos, que tanto escasean, cuyo único norte y guía consiste en conformarse en todo y siempre con el espíritu y enseñanza de la Santa Sede. No os arredren las punzantes é injustas diatribas de que son objeto; estad seguros de que sé les detesta y ridiculiza porque no entran en tratos con los propagandistas de los

modernos errores; porque olfatean y persiguen la caza en cuanto se levanta, porque inutilizan con una oportunidad, que les desespera, las mas hábiles maniobras y las conspiraciones mejor urdidas; porque ni quieren ni saben lisonjear la estraviada opinion pública, como lo hacen todos los dias las hojas liberales, y porque se dejan hacer trizas antes que cejar un ápice en la defensa de la verdad, del derecho, de los buenos principios, de la causa del Papa y de la Iglesia.

Despues estudiad con ahinco y sólidamente las principales cuestiones que están á la órden del dia, y buscad la luz donde brilla vivísima, esto es, en los libros declaradamente católicos romanos, donde lo verdadero no está mezclado con lo falso, ni enturbian las aguas puras y cristalinas de la verdad, las sucias é infectas del error: casi siempre la ignorancia de la verdadera doctrina católica es la tea que alumbrá las tesis liberales.

Esta ignorancia engendra una de las mas comunes ilusiones que sepulta á la juventud en lo mas profundo del liberalismo, y que consiste en creer cándidamente que por mas que sean liberales no se ocupan de puntos doctrinales,

en los que se declaran incompetentes y que abandonan á los sacerdotes, á los teólogos etc... permaneciendo de esta suerte sistemáticamente liberales en práctica, bajo pretexto de que no lo son en teoría. Guardaos de haceros esa ilusión que os vincularia en el partido liberal y que, dígase lo que se quiera, os inocularia por todos los poros » *«el virus de las opiniones católico-liberales.»*

Por fin y sobre todo, apartaos de los eclesiásticos tocados de liberalismo. Un solo sacerdote católico-liberal hace mas daño que quinientos seglares. La palabra de un seglar, que resuelve cuestiones doctrinales, inspira poco respeto, pero tratándose de un sacerdote, ya es otra cosa, puesto que Dios ha dicho: *«Los labios del sacerdote encerrarán la ciencia, y su boca nos dará el conocimiento de la ley.»* Ahora bien. ¿Qué hace el sacerdote liberal? Propina el error á los que le piden la verdad, y precisamente el error que el Soberano Pontífice considera mucho mas temible para los católicos de nuestros tiempos, que las horribles blasfemias de la revolucion.

Decia recientemente Pio IX á uno de nuestros obispos, que la mayor desgracia que po-

dia llover sobre un católico seglar, consistia en tener por amigo y consejero á un sacerdote imbuido en malas doctrinas. Un eclesiástico vicioso es despreciado; pero el que alimenta malas doctrinas, os seduce tanto mas fácilmente cuanto sus opiniones mas se ajustan á las ideas dominantes.

Amigos míos, mis queridos amigos, no os deslumbre el brillo de ciertos nombres ni los destellos de mundanas reputaciones.

A los eclesiásticos católico-liberales les falta el primero, el mas importante de los méritos, el de una fé pura y de un sólido juicio. Decimos que no es todo oro lo que reluce y en esta materia, mas que en ninguna otra, es una gran verdad.

El escaso número de sacerdotes que guiados por un espíritu de independencia ó vanidad, han tenido la desgracia de patrocinar el liberalismo-católico, son por punto general ó génius díscolos ó ambiciosos con ribetes de erudicion, pero sin verdadero saber y ajenos al espíritu de la Iglesia.

Desconfiad de los eclesiásticos liberales cualquiera que sea su celo y su talento. El corto bien que hacen por un lado, lo destruyen con

usura por otro. Habeis tenido ocasion de observarlos durante el Concilio; eran galicanos, porque eran liberales, y si hoy han desaparecido los galicanos, los liberales están en pié poseidos del mismo espíritu, sometidos, no convertidos, salvos, sin embargo, pocas aunque honrosas escepciones.

Despues de tan repetidas advertencias salidas de la boca del Santo Padre, advertencias que necesariamente debe conocer el clero, preciso es convenir en que para conseguir su salvacion necesitarán escudarse con una inconcebible buena fé ante el tribunal divino.

## XXII.

Voy á concluir: ¿Por qué en las páginas, que anteceden, me diréis, os dirigís tan solo á los jóvenes? ¿Por ventura estas verdades únicamente aprovechan á la juventud y no sirven á la edad madura?... Sin duda que tienen aplicacion general; pero las personas, ya entradas en años; son comunmente tan incorregibles! Es muy fácil enderezar un árbol que empieza á criarse torcido; ¡tratad de hacer otro tanto con otro viejo y encorvado!

El espíritu del jóven es comunmente recto, sincero, tan amante de la verdad, como bueno y generoso es su corazon; por esto me dirijo con preferencia á vosotros, mis buenos y queridos amigos. Aliento la confianza que despues de haber leído reflexivamente este pequeño trabajo, é implorado la gracia de Dios ni uno solo de vosotros se dejará contaminar en lo mas mínimo por la peste del catolicismo liberal. Haciéndolo así asegurais vuestra salvacion y la de muchos otros.

¡Que Dios os conserve vivísima la fé y enardezca vuestros corazones con su santo amor!...